

Noticiario

BREVE DEFENSA DE LA DEMOCRACIA SOCIAL.

En medio del caos actual que envuelve a la Humanidad en razón del predominio de doctrinas y sistemas tiránicos que contienden a muerte, sin lograr darle eficaz solución a los apremiantes problemas económicos, sociales, políticos y espirituales de la sociedad y el hombre, y, por el contrario, en las zonas que dominan se limitan, únicamente, a explotarlo en lo económico; a avasallararlo en lo político; y a envilecerlo en lo moral; los ciudadanos libres y de buena voluntad, los que creemos en el perfeccionamiento de la sociedad y del individuo, y tenemos fe en su destino, defendemos una posición racional, ética y humana, que estimamos que responde a los verdaderos sentimientos y anhelos de paz y progreso de las grandes multitudes del orbe. Esta posición es la que corresponde a lo que podemos llamar de la democracia social, que trata de reconciliar al hombre con la sociedad.

Si el hombre es la base de la sociedad no quiere decir que el individuo solo es todo, como proclama un individualismo egoísta, y la humanidad cero; o al revés, la colectividad lo es todo y el individuo una mera cifra que se puede borrar en cualquier instante, como proclama el totalitarismo. La sociedad es un medio indis-

pensable para la realización del hombre, que depende del individuo tanto como se somete a ella el hombre que le da vida. Hombre y sociedad son interdependientes. La sociedad tiene deberes hacia cada uno de sus miembros. Acepta su vida, pero, en cambio, le garantiza la justicia, la libertad y el honor.

La democracia social trata de lograr el equilibrio entre lo que hay de inevitable y necesario en las formas colectivas de la sociedad y lo que hay de sagrado en la libertad de la persona. La libertad y la dignidad de la persona humana están amenazadas tanto por el totalitarismo, expresión fatal de toda iglesia, de cualquier especie que sea, apoyado en inquisiciones, policías secretas y partidos únicos; y por el materialismo capitalista con su afán de lucro y provecho personal y, también, por la abdicación de sí de los indiferentes, de los resignados, de los satisfechos y de los derrotistas. Para superar los vicios que derivan de estas concepciones: el dogmatismo intolerante, el fanatismo militante del hombre de partido o de secta, la explotación del hombre por el hombre, es necesario la liberación de la persona humana cambiando la base material de la sociedad y obteniendo la transformación del burgués y el proletario en un tipo superior de hombre y de humanidad.

Una democracia social, de auténtico carácter popular, exige, al lado de la libertad, la instauración de la justicia económica, la igualdad social y una fuerte disciplina colectiva e individual. Y, únicamente, una democracia de este tipo puede lograr el progreso material de la comunidad y el ennoblecimiento espiritual del hombre.

La democracia no solamente necesita el mantenimiento y respeto de las libertades públicas; urge de algo más hondo para que sea el camino y la posición superiores frente al totalitarismo avasallador y al capitalismo expoliador, negadores del hombre; tiene la obligación de proceder a una regeneración material, social y moral de la sociedad, para crear nuevas condiciones de vida de las que participen todos sus miembros, estableciéndose

una comunidad sin clases, sobre bases económicas nuevas, en la que se haya substituído la producción anárquica, inspirada en el provecho y lucro, por una producción dirigida en vista del consumo, o sea, de la satisfacción de las necesidades humanas; por el fortalecimiento de esta comunidad elevándose el standard de vida: habitación sana y confortable, vestuario adecuado, asistencia médica y seguridad de trabajo para todos sus miembros; por la rehabilitación moral y espiritual del hombre y la comunidad, es decir, por el desarrollo de la personalidad, de la cultura, el civismo y la moralidad, por la reforma de las instituciones y de la depuración de los cuadros llamados a influir en esta renovación: justicia, administración, prensa, enseñanza y por un llamado personal a un esfuerzo individual de superación.

He aquí la finalidad de la democracia social. El problema más grave de la democracia social se deriva de que requiere no sólo la democratización de la riqueza y del Estado, a lo que se oponen los reducidos sectores privilegiados, sino de que, forzosamente, necesita la purificación de sus métodos y prácticas y su perfeccionamiento constante imponiendo la virtud en cada uno de sus ciudadanos, tendiente a superar ese oportunismo innato de la actividad del hombre. Y para conseguirlo funda esperanzas dilatadas en el rol de la educación sistemática. La democracia social no puede existir sobre individuos egoístas, irresponsables, parásitos y corrompidos. Cuando así sucede la democracia sucumbe a causa de que se enseñoorea de la sociedad un cínico desdén por el honor, espíritu de lucro y engaño, egoísmo, deslealtad, irresolución, deshonestidad, loca ansia de placer y entrega general a los vicios infamantes de la bebida, juego y prostitución. Y, tal vez, la falla capital de la civilización contemporánea estriba, aparte de haber sido incapaz, hasta el presente, de eliminar la injusticia económica y la tendencia al lucro y a la explotación, en la imposibilidad de lograr el perfeccionamiento del hombre. Se ha tergiversado la finalidad del hombre y se le ha puesto al servicio de una economía de lucro, en vez de colocar la

economía al servicio del hombre; se han orientado las más nobles conquistas de la ciencia en su lucha por dominar la naturaleza y el universo hacia móviles de destrucción y predominio. Y por ello llegamos a pensar, en medio del caos y del miedo que nos circunda, que nada ha progresado el hombre en lo ético y en su espíritu desde la época de la caverna y el hacha de piedra hasta el Estado-Leviathán y la bomba atómica.

Las grandes conquistas del hombre son pervertidas en su sentido y en su uso, porque las máximas virtudes y cualidades humanas, individuales y colectivas: las de justicia, solidaridad, protección al débil, respeto de la palabra dada, fraternidad universal, han sido descuidadas y vulneradas. Ante este dramático y poco consolador espectáculo del mundo, donde las grandes potencias gastan sus energías principales en el desarrollo de las más espantosas armas de destrucción guardando celosamente su secreto, como manera de abatir al adversario, y en el desarrollo de colosales aparatos de propaganda, para mistificar y engañar, a la enseñanza y a los educadores nos corresponde un papel inconmensurable y somos quienes debemos dar el ejemplo de alta humanidad dedicándonos al perfeccionamiento del hombre, a defender la paz, a proclamar los derechos humanos decisivos, a instaurar una sociedad nueva regida por las normas de la democracia social.

Impongamos la concepción de que el más alto objetivo por conquistar es el imperio de la dignidad humana mediante el perfeccionamiento del individuo y de la sociedad, que la «virtud moral es el único camino para llegar al bien», pues más importante que el progreso material y técnico es la evolución espiritual y ética de nuestra especie, auténtica meta humana.

El mensaje socrático de conocer al hombre, educar sus instintos naturales y elevarlos hacia el bien, por cuanto «sólo los corazones puros pueden entender la verdad», está plenamente vigente y debe ocupar un sitio tan destacado como el de conocer la sociedad y el mundo.